

Las tensiones sobre Taiwán

Fabián Novak

Luego de diversas declaraciones de autoridades políticas y militares chinas sobre la necesidad de asegurar el Estrecho de Taiwán, al mes siguiente, en junio de 2020, la República Popular China desplegó un conjunto de medidas de fuerza contra la que considera una provincia rebelde, tales como el sobrevuelo de decenas de aviones de combate sobre el espacio aéreo que la separa de Taiwán, es decir, sobre la zona de identificación de defensa aérea de la isla, movilizaciones de tropas y ejercicios navales en las aguas del referido estrecho, todo lo cual ha merecido el pronunciamiento de la OTAN así como de diversos líderes europeos, asiáticos y, por supuesto, de Estados Unidos de América, que han considerado tales actos como una amenaza a la paz y a la seguridad internacional.

La intención de China con estas demostraciones de fuerza, no es sólo garantizar la seguridad del referido estrecho, sino también, iniciar el proceso de reunificación, como parte de su estrategia de afirmación de su liderazgo en el Asia y de expansión al resto del mundo.

En respuesta a estas acciones, Taiwán (oficialmente, República de China, que se gobierna como un Estado independiente desde 1949) no sólo ha realizado prácticas militares y permitido la navegación por el estrecho de buques militares de EE.UU. y Gran Bretaña, todo ello dirigido a contestar políticamente tales amenazas, sino también mantiene a un número limitado de tropas estadounidenses en su territorio para entrenar a sus fuerzas locales, y ha adquirido sistemas antiaéreos y misiles de los EE.UU., aduciendo la necesidad de protegerse militarmente frente a China, en caso esta decida invadirla. Asimismo, la presidenta Tsai Ing-wen ha estado impulsando la revitalización de su industria de defensa nacional, incluida la producción de submarinos de propulsión convencional, mientras que el ministro de Defensa taiwanés, Chiu Kuo-cheng ha afirmado que el 64 % del presupuesto de defensa de este año se asignará a sistemas antibuque y a desarrollar los misiles supersónicos Hsiung Feng III para contrarrestar a los buques de asalto anfibio Tipo 075 de China.

Diversos analistas en seguridad coinciden en que si China se anima a recuperar militarmente Taiwán, necesariamente tendrá que neutralizar las bases militares y fuerzas navales de EE.UU. desplegadas en el Pacífico, pues sólo así podría evitar la intervención estadounidense en el conflicto, no obstante no contar con un pacto militar de defensa con Taiwán, como sí lo tiene EE.UU. con Japón, Corea del Sur y Filipinas. En todo caso, un enfrentamiento acotado territorialmente con EE.UU. traería consecuencias nefastas para China. Asimismo, la imagen y economía de China seguramente se verían afectadas ante la reacción y posibles sanciones de la comunidad

internacional y de organizaciones como Naciones Unidas, promovidas por EE.UU. y la Unión Europea, amén de los socios del Indo-Pacífico.

La internacionalización del proceso de reunificación que China pretende llevar adelante se evidencia cuando Japón, a través de su entonces viceprimer ministro Taro Aso señaló que un ataque de China a Taiwán constituiría un peligro real para la sobrevivencia de su país, por lo cual tendría que intervenir al lado de EE.UU. en defensa de Taiwán, lo que mereció una inmediata respuesta de amenaza por parte de China en el sentido de que si Japón interviene sería atacado militar y nuclearmente por el gigante asiático. Por su parte, el presidente Joe Biden ha señalado que en el supuesto de un ataque armado chino, EE.UU. protegería militarmente a Taiwán, lo que luego fue matizado por el Departamento de Estado, quien volvió a su conocida ambigüedad estratégica frente a la isla. Sin embargo, en la reunión del 31 de octubre entre el secretario de Estado estadounidense, Antony Blinken y el Ministro de Asuntos Exteriores chino, Wang Yi, el primero dejó muy claro que Washington se opondrá a cualquier cambio unilateral por parte de Pekín de la situación en Taiwán. En todo caso, lo anterior asegura que el proyecto de reunificación china no será fácil de implementar.

La interrogante entonces es, qué hará finalmente la República Popular China. Parece haber limitadas alternativas: a) mantener el actual estatus quo de Taiwán, lo que resultaría difícil pues ello afectaría el liderazgo interno de Xi Jinping y daría una imagen de debilidad de la potencia emergente frente al mundo; b) iniciar negociaciones con la isla, lo que es poco probable, pues Taiwán (salvo algunos movimientos integracionistas) no tiene intenciones de integrarse con la República Popular, menos aún después de la amarga experiencia de Hong Kong donde quedó clara la inviabilidad del proyecto “un país, dos sistemas”; c) presionar militar, económica y diplomáticamente a Taiwán hasta asfixiarla y obligarla a aceptar la unificación, teoría lanzada por el ministro de Defensa taiwanés; o d) llevar adelante la reunificación a través de la acción militar, sin importar los costos.

Si bien la reciente reunión por video conferencia de casi cuatro horas sostenida el 15 de noviembre por los presidentes Joe Biden y Xi Jinping, buscó bajar la temperatura de las tensiones por el asunto de Taiwán, explorando vías de comunicación y cooperación para evitar que los desacuerdos entre ambos gobiernos puedan acabar provocando —en palabras de Biden— “un conflicto, intencionado o no”, lo cierto es que las posiciones se mantienen como estaban, y ninguno de los dos ha cedido.

Difícil panorama, que no sólo preocupa a sus protagonistas, sino, al mundo entero.